



Anónimo

Romance del conde Alarcos

Retraída está la infanta,
bien así como solía,
viviendo muy descontenta
de la vida que tenía,
viendo que ya se pasaba 5
toda la flor de su vida,
y que el rey no la casaba,
ni tal cuidado tenía.
Entre sí estaba pensando
a quien se descubriría, 10
acordó llamar al rey
como otras veces solía,
por decirle su secreto
y la intención que tenía.
Vino el rey siendo llamado, 15
que no tardó su venida:
vídola estar apartada,
sola está sin compañía;
su lindo gesto mostraba
ser más triste que solía. 20
Conociera luego el rey
el enojo que tenía:
-¿Qué es aquesto, la infanta?

¿qué es aquesto, hija mía?
Contadme vuestros enojos, 25
no toméis malenconía,
que sabiendo la verdad
todo se remediaría.
-Menester será, buen rey,
remediar la vida mía, 30
que a vos quedé encomendada
de la madre que tenía.
Dédesme, buen rey, marido,
que mi edad ya lo pedía:
con vergüenza os lo demando, 35
no con gana que tenía,
que aquestos cuidados tales
a vos, rey, pertenecían.
Escuchada su demanda,
el buen rey le respondía: 40
-Esa culpa, la infanta,
vuestra era, que no mía,
que ya fuérades casada
con el príncipe de Hungría.
No quisistes escuchar 45
la embajada que venía,
pues acá en las nuestras cortes,
hija, mal recaudo había,
porque en todos los mis reinos
vuestro par igual no había, 50
sino era el conde Alarcos,
hijos y mujer tenía.
-Convidadlo vos, el rey,
al conde Alarcos un día,
y después que hayáis comido 55
decilde de parte mía,
decilde que se acuerde
de la fe que dél tenía,
la cual él me prometiera,
que yo no se la pedía, 60
de ser siempre mi marido,
y yo que su mujer sería.
Yo fui de ello muy contenta
y que no me arrepentía.
Si la condesa es burlada, 65
que mirara lo que hacía,
que por él no me casé
con el príncipe de Hungría:
si casó con la condesa,
dél es culpa, que no mía, 70
Perdiera el rey en la oír
el sentido que tenía,
mas después en sí tornado

con enojo respondía:
-¡No son estos los consejos, 75
que vuestra madre os decía!
¡Muy mal mirastes, infanta,
do estaba la honra mía!
Si verdad es todo eso
vuestra honra ya es perdida: 80
no podéis vos ser casada
siendo la condesa viva.
Si se hace el casamiento
por razón o por justicia,
en el decir de las gentes 85
por mala seréis tenida.
Dadme vos, hija, consejo,
que el mío no bastaría,
que ya es muerta vuestra madre
a quien consejo pedía. 90
-Yo os lo daré, buen rey,
de este poco que tenía:
mate el conde a la condesa,
que nadie no lo sabría,
y eche fama que ella es muerta 95
de un cierto mal que tenía,
y tratarse ha el casamiento
como cosa no sabida.
De esta manera, buen rey,
mi honra se guardaría. 100
De allí se salía el rey,
no con placer que tenía;
lleno va de pensamientos
con la nueva que sabía;
vido estar al conde Alarcos 105
entre muchos, que decía:
-¿Qué aprovecha, caballeros,
amar y servir amiga,
que son servicios perdidos
donde firmeza no había? 110
No pueden por mí decir
aquesto que yo decía,
que en el tiempo que yo serví
una que tanto quería,
si muy bien la quise entonces, 115
agora más la quería;
mas por mí pueden decir
quien bien ama tarde olvida.
Estas palabras diciendo
vido al buen rey que venía, 120
y hablando con el rey
de entre todos se salía.
Dijo el buen rey al conde

hablando con cortesía:
-Convidaros quiero, conde, 125
por mañana en aquel día,
que queráis comer conmigo
por tenerme compañía.
-Que se haga de buen grado
lo que su Alteza decía; 130
beso sus reales manos
por la buena cortesía:
detenerme he aquí mañana,
aunque estaba de partida,
que la condesa me espera 135
según carta me envía.
Otro día de mañana
el rey de misa salía;
luego se asentó a comer,
no por gana que tenía, 140
sino por hablar al conde
lo que hablarle quería.
Allí fueron bien servidos
como a rey pertenecía.
Después que hubieron comido, 145
toda la gente salida,
quedóse el rey con el conde
en la tabla do comía.
Empezó el rey de hablar
la embajada que traía: 150
-Unas nuevas traigo, conde,
que de ellas no me placía,
por las cuales yo me quejo
de vuestra descortesía.
Prometistes a la infanta 155
lo que ella no os pedía,
de siempre ser su marido,
y a ella que le placía.
Si a otras cosas pasastes
no entro en esa porfía 160
Otra cosa os digo, conde,
de que más os pesaría:
que matéis a la condesa
que así cumple a la honra mía:
echéis fama que es muerta 165
de cierto mal que tenía,
y tratarse ha el casamiento
como cosa no sabida,
porque no sea deshonorada
hija que tanto quería. 170
Oídas estas razones
el buen conde respondía:
-No puedo negar, el rey,

lo que la infanta decía,
sino que otorgo, es verdad, 175
todo cuanto me pedía.
Por miedo de vos, el rey,
no casé con quien debía,
no pensé que vuestra Alteza
en ello consentiría: 180
de casar con la infanta
yo, señor, bien casaría;
mas matar a la condesa,
señor rey, no lo haría,
porque no debe morir 185
la que mal no merecía.
-De morir tiene, buen conde,
por salvar la honra mía,
pues no mirastes primero
lo que mirar se debía. 190
Si no muere la condesa
a vos costará la vida.
Por la honra de los reyes
muchos sin culpa morían,
que muera pues la condesa 195
no es mucha maravilla.
-Yo la mataré, buen rey,
mas no será la culpa mía:
vos os avendréis con Dios
en el fin de vuestra vida, 200
y prometo a vuestra Alteza,
a fe de caballería,
que me escriba por traidor
si lo dicho no cumplía
de matar a la condesa, 205
aunque mal no merecía.
Buen rey, si me dais licencia
yo luego me partiría.
-Vades con Dios, el buen conde,
ordenad vuestra partida. 210
Llorando se parte el conde,
llorando sin alegría;
llorando por la condesa,
que más que a sí la quería.
Llorando también el conde 215
por tres hijos que tenía,
el uno era de teta,
que la condesa lo cría,
que no quería mamar
de tres amas que tenía 220
sino era de su madre
porque bien la conocía;
los otros eran pequeños,

poco sentido tenían.
Antes que el conde llegase 225
estas razones decía:
-¿Quién podrá mirar, condesa,
vuestra cara de alegría,
que saldréis a recibirme
a la fin de vuestra vida? 230
Yo soy el triste culpado,
esta culpa toda es mía.
En diciendo estas palabras
ya la condesa salía,
que un paje le había dicho 235
como el conde ya venía.
Vido la condesa al conde
la tristeza que tenía,
viole los ojos llorosos
que hinchados los tenía 240
de llorar por el camino
mirando el bien que perdía.
Dijo la condesa al conde:
¡Bien vengáis, bien de mi vida!
¿Qué habéis, el conde Alarcos? 245
¿por qué lloráis, vida mía,
que venís tan demudado
que cierto no os conocía?
No parece vuestra cara
ni el gesto que ser solía; 250
dadme parte del enojo
como dais de la alegría.
¡Decídmelo luego, conde,
no matéis la vida mía!
-Yo vos lo diré, condesa, 255
cuando la hora sería.
-Si no me lo decís, conde,
cierto yo reventaría.
-No me fatiguéis, señora,
que no es la hora venida. 260
Cenemos luego, condesa,
de queso que en casa había.
-Aparejado está, conde,
como otras veces solía.
Sentóse el conde a la mesa, 265
no cenaba ni podía,
con sus hijos al costado,
que muy mucho los quería.
Echóse sobre los hombros;
hizo como que dormía; 270
de lágrimas de sus ojos
toda la mesa corría.
Mirábalo la condesa;

que la causa no sabía;
no le preguntaba nada, 275
que no osaba ni podía.
Levantóse luego el conde,
dijo que dormir quería;
dijo también la condesa
que ella también dormiría; 280
mas entre ellos no había sueño,
si la verdad se decía.
Vanse el conde y la condesa
a dormir donde solían:
dejan los niños de fuera 285
que el conde no los quería:
lleváronse el más chiquito,
el que la condesa cría:
el conde cierra la puerta,
lo que hacer no solía. 290
Empezó de hablar el conde
con dolor y con mancilla:
-¡Oh desdichada condesa,
grande fue la tu desdicha!
-No soy desdichada, conde, 295
por dichosa me tenía
sólo en ser vuestra mujer:
esta fue gran dicha mía.
-¡Si bien lo miráis, condesa,
esa fue vuestra desdicha! 300
Sabed que en tiempo pasado
yo amé a quien bien servía,
la cual era la infanta.
Por desdicha vuestra y mía
prometí casar con ella; 305
y a ella que le placía,
demándame por marido
por la fe que me tenía.
Puédelo muy bien hacer
de razón y por justicia: 310
díjomelo el rey su padre
porque de ella lo sabía.
Otra cosa manda el rey
que toca en el alma mía:
manda que muráis, condesa, 315
a la fin de vuestra vida,
que no puede tener honra
siendo vos, condesa, viva.
Desde que esto oyó la condesa
cayó en tierra amortecida: 320
mas después en sí tornada
estas palabras decía:
-¡Pagos son de mis servicios,

conde, con que yo os servía!
si no me matáis, el conde, 325
yo bien os aconsejaría:
enviédesme a mis tierras
que a mi padre me ternía;
yo criaré vuestros hijos
mejor que la que vernía, 330
yo os mantendré castidad
como siempre os mantenía.
-De morir habéis, condesa,
en antes que venga el día.
-¡Bien parece, conde Alarcos, 335
yo ser sola en esta vida;
porque tengo el padre viejo,
mi madre ya es fallecida,
y mataron a mi hermano
el buen conde don García, 340
que el rey lo mandó matar
por miedo que dél tenía!
No me pesa de mi muerte,
porque yo morir tenía,
mas pésame de mis hijos, 345
que pierden mi compañía:
hacéme los venir, conde,
y verán mi despedida.
-No los veréis más, condesa,
en días de vuestra vida: 350
abrazad este chiquito,
que aqueste es el que os perdía.
Pésame de vos, condesa,
cuanto pesar me podía.
No os puedo valer, señora, 355
que más me va que la vida;
encomendáos a Dios
que esto hacerse tenía.
-Dejéisme decir, buen conde,
una oración que sabía. 360
-Decila presto, condesa,
antes que amanezca el día.
-Presto la habré dicho, conde,
no estaré un Ave María.
Hincó rodillas en la tierra 365
y esta oración decía:
«En las tus manos, Señor,
encomiendo el alma mía:
no me juzgues mis pecados
según que yo merecía, 370
mas según tu gran piedad
y la tu gracia infinita».
-Acabada es ya, buen conde,

la oración que yo sabía;
encomiándoos esos hijos 375
que entre vos y mí había,
y rogad a Dios por mí
mientras tuviéredes vida,
que a ello sois obligado
pues que sin culpa moría, 380
Dédesme acá ese chiquito,
mamará por despedida.
-No le despertéis, condesa,
dejadlo estar, que dormía,
sino que os pido perdón 385
porque ya viene el día.
-A vos yo perdono, conde,
por el amor que vos tenía;
mas yo no perdono al rey,
ni a la infanta su hija, 390
sino que queden citados
delante la alta justicia,
que allá vayan a juicio
dentro de los treinta días.
Estas palabras diciendo 395
el conde se apercebía:
echóle por la garganta
una toca que tenía,
apretó con las dos manos
con la fuerza que podía: 400
no le afloja la garganta
mientras que vida tenía.
Cuando ya la vido el conde
traspasada y fallecida,
desnudóle los vestidos 405
y las ropas que tenía:
echóla encima la cama,
cubrióla como solía;
desnudóse a su costado,
obra de un Ave María: 410
levantóse dando voces
a la gente que tenía:
-¡Socorred, mis caballeros,
que la condesa se fina!
Hallan la condesa muerta 415
los que a socorrer venían.
Así murió la condesa,
sin razón y sin justicia;
mas también todos murieron
dentro de los treinta días. 420
Los doce días pasados
la infanta ya se moría;
el rey a los veinte y cinco,

el conde al treinteno día,
allá fueron a dar cuenta 425
a la justicia divina.
Acá nos dé Dios su gracia,
y allá la gloria cumplida.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

